



Lecturas

Die letzte Welt de Christoph Ransmayr

Dora Battiston

El camino del desterrado

*perdiderint cum me duo crimina, carmen et error,
alterius facti culpa silenda mihi:*

Ovidio, *Tristia* II 207-208

El extranjero que una mañana de abril desembarca tambaleante sobre las costas del Mar Negro y enfrenta las murallas de Tomis con un mar embravecido todavía en su interior, no sabe bien qué oscura peripecia le espera en la ciudad de hierro. A mitad de la navegación ya había descubierto que el verdadero motivo del viaje no era la búsqueda del desterrado sino ese invencible *taedium vitae* de la ciudadanía romana, cómoda, vigilada, ridículamente convencional. Pero ahora, entre el humo de la fundición emerge la degradada realidad del lugar, y él, Cota, tendrá que vivir, primero como forastero, después como uno más entre los seres sin esperanza de la ciudad maldita, su propia historia, marcada por el yermo y el lobo.

Éste ha sido el distante mundo al que un gesto incomprendible de Augusto condenó a Nasón. Y sobre el mapa infernal de herrumbre y carroña, Cota, uno de los tantos *fugitivos de Estado* que deambulaban por los confines del Imperio, buscará las huellas de Nasón, el poeta de Roma, dado por muerto en los rumores de la metrópoli, vagamente recordado por los habitantes de Tomis, pero a salvo en la memoria de Fama y en los tapices de Aracne, la tejedora sordomuda que leyó las fábulas de sus dibujos en los labios del desterrado alguna vez, en ese

incierto tiempo mítico donde ellos reiteran, sin saberlo, con sus propias historias, aquellas *Metamorfosis* que su autor sometió al fuego y que podía volver a leer, obsesivamente, en todos los fuegos del Ponto Euxino.

Pero para el romano esta búsqueda es también un viaje iniciático que lo conducirá hasta su propio nombre en la escritura del poeta: un paisaje exasperado donde nada es real, salvo la desesperanza y la condena, donde Nasón y sus versos sólo son fantasmas, imagería, proyecciones de otras imágenes y de otras voces. ¿Quién escribió estas *Metamorfosis* aquí, entre la herrumbre de Tomis, sobre las piedras de Traquila? Acaso Pitágoras, el filósofo travestido en criado de Ovidio, o tal vez Fama en su tienda retumbante, o los tapices de Aracne, las reminiscencias de Eco, las películas que proyecta Cíparis sobre la siniestra pared del matadero donde Tereo realiza su faena, o el propio Nasón, transformado en espejismo, dictándole a Pitágoras ante el último fuego del hogar de las ruinas, las frases que el criado escribía en la tela azul con que después envolvería los conos de piedra, monumentos levantados a cada palabra del desterrado, símbolos de que él, Pitágoras de Samos, no estaba solo con sus pensamientos.

Al final de su viaje, Cota tiene una revelación: todo lo que hubo en Tomis, el último mundo, se ha convertido ahora en pájaro, o en lobo, o en sonido vacío o en duro pedernal perfilado sobre el aire, el humo, la nada. Sin embargo, él camina lleno de alegría por el camino de Nasón; el desterrado de Roma, es decir, de la razón y de la necesidad, había concluido sus *Metamorfosis* a orillas del Mar Negro, liberando al mundo de sus personajes y de sí mismo. En el espacio deshabitado del último mundo sólo flamean ahora algunos harapos de aquella

tela azul, más perdurable que todo.

Cuando la novela contemporánea reescribe una vez más los mitos, se configura ella misma como avatar no sólo de aquellos discursos primordiales que exponen como tal las historias de dioses y de hombres en una narración que entre todos los sentidos posibles elige el más diáfano, sino también de los otros textos, los que ya exhiben una operación más compleja, un ocultamiento retórico, como la misma épica ovidiana.

La modernidad lee los mitos como permanente desplazamiento desde aquella "primera" enunciación, y los pone en juego a través de una perspectiva de bordes y abismos que más allá de los convencionales recursos de la recreación o la evocación, construye la ficción narrativa desde un distanciamiento que implica la clausura de toda esperanza acerca del propio discurso.

El impersonal relator de *Die letzte Welt* avanza sobre el repertorio ovidiano como el operador de cine de la novela, proyectando imágenes cambiantes, engañosas, sustitutas, trasmutando dioses en máscaras de carnaval, criaturas reales en personajes de película, pasado en presente. Y desde la ausencia física del poeta, acaso desde la cerrada angustia de *Tristia* y *Ex Ponto*, escribe esta crónica de un derrumbe del que sólo se salva, en última instancia, el trapo azul donde alguna vez fue grabada la palabra poética. No de otro modo cierra Ovidio sus *Metamorfosis*

*Ore legar populi perque omnia saecula fama
Siquid habent veri vatium praesagia, vivam.*
(XV, 878-879)

La novela de Christoph Ransmayr fue publicada en 1988 y un año después la tradujo al español Pilar Giralt Gorina para Seix Barral de Barcelona.

